

Los duetos microsferológicos. La noción de espacio en la trilogía *Esferas* de Peter Sloterdijk como alternativa al individualismo

Microspherologic duets
The notion of space in Peter Sloterdijk's *Spheres* trilogy as an
alternative to individualism

Juan Edilberto Rendón Ángel*

Recibido agosto 18 de 2011, aceptado octubre 29 de 2011

Resumen

El filósofo Peter Sloterdijk presenta en su trilogía *Esferas* una novedosa descripción del espacio como construcción relacional basada en la transferencia y en el acompañamiento originario. La soledad y la autocomplementación son situaciones inauténticas que no son posibles en la esferología. El acercamiento propuesto en este artículo hace una descripción general del escenario esferológico y de sus metáforas fundamentales: burbuja, globo y espuma. Además, profundiza en los espacios íntimos bipolares de la primera parte y aporta los elementos para valorar la lectura literaria –descartada por el autor mismo– como un espacio íntimo esferológicamente relevante para la generación espacial que posibilita la relación, creación y renovación lingüística.

Palabras clave: Sloterdijk, esfera, bipolar, autógeno, lectura, metafísica.

Abstract

The philosopher Peter Sloterdijk in his trilogy *Spheres* presents a new description of space as a relational construction based on the transfer and the original accompaniment. Loneliness and selfcomplementation are inauthentic situations that are not possible in the spherology. The approach proposed in this paper offers an overview of the spherologic scenario and its fundamental metaphors: bubble, globe and foam. In addition, delves into the bipolar intimate spaces of the first part and provides the elements to assess literary reading –ruled by the author himself– as an intimate space spherologically relevant for generating space that allows the relationship, creation and linguistic renewal.

Keywords: Sloterdijk, sphere, bipolar, autogenous, reading, metaphysics.

* MSc. en filosofía contemporánea, filósofo de la Universidad de Antioquia. Especialidad: problemática de la identidad personal, neopragmatismo y relación entre filosofía y literatura. Docente de cátedra U.de.A. Miembro del grupo de investigación en Psicología y Filosofía estética de la IUE. Correo: jerarc@une.net.co.

Introducción

La autonomía es uno de los fundamentos de la modernidad. Se define como la garantía de independencia y libertad del sujeto, desprendido tal sujeto de todo contenido y reducido a un conjunto muy bien blindado de facultades. Del sujeto epistemológico y moral —que existe porque piensa y obedece a severos imperativos, unidad fundamental del conocimiento y la acción— depende toda la reflexión oficializada por Descartes en la segunda de las *Meditaciones metafísicas* (1987). Esta reflexión que llega hasta Nietzsche —el primer pensador postmetafísico que se le enfrenta abiertamente— y logra extenderse hasta sus expresiones actuales en la filosofía de la ciencia y la preocupación por la ética y el derecho.

La esferología, como forma postmoderna de la filosofía del lenguaje en su variante no representativa, es heredera de las críticas nietzscheanas a la metafísica. Sloterdijk propone el espacio como una creación de la capacidad simbólica de los seres humanos, como la disposición a involucrarse en situaciones de mutuo estímulo, que sólo son posibles si existe una apertura especial, cuyo propósito sea compartir instancias animadas. La autonomía, entonces, es una excesiva simplificación de la situación humana fundamental:

La ciencia del aliento sólo puede ponerse en marcha como teoría de pares [...] Con la expresión que acabamos de utilizar —complemento originario— hemos identificado una figura fundamental de las reflexiones en el campo esférico-morfológico que siguen. Esa expresión quiere decir que en el espacio espiritual —una vez consolidado el supuesto de que ‘espíritu’ significa una espacialidad peculiar— el dato más simple es ya una magnitud al menos dúplice o bipolar (Sloterdijk, 2003, p. 48).

La esferología como “ciencia del aliento” no trata de presentarse a sí misma como alguna extraña variante de una religión gnóstica. El tipo de espacio que propone es orgánico, es decir, regido por un proceso de surgimiento, esplendor y desaparición que no sólo expresa su provisionalidad, sino su contingencia, al ser capaz de regenerarse —una forma de decir que es capaz de aprender, de crecer e involucrar

a más de dos— y al superar las crisis que se pueden presentar por los peligros que tal carácter orgánico acepta.

Como se verá, “ciencia del aliento” puede leerse como filosofía del lenguaje, del símbolo, de la provisionalidad, la contingencia y la renovación. El modelo básico declara imposible la construcción de cualquier tipo de reconocimiento que surja desde el solipsismo o el blindaje, cualquiera que sea el nivel que se quiera considerar: si es resultado de animación humana, la esferología apertrecha a sus “comunardos sonosféricos” —una de las definiciones para “ser humano” que da Sloterdijk (2003, pp. 465-8)— con la *ventaja de saber contar desde Dos, nunca hasta Uno*.

Por tanto, a continuación se realizará un itinerario a lo largo de los tres momentos del proyecto: microsferología, macrosferología y plurisferología. Como se verá en el apartado Uno, cada uno está asociado a una metáfora que expresa su dimensión lingüística: las intimidades de la burbuja, las megalomanías del globo y el desencanto de la espuma. Luego, en el apartado Dos, se realizará una definición de la magnitud fundante del proyecto. El apartado Tres estará dedicado a una aproximación a la microsferología, y expresará que se trata de una poética de las formas de la intimidad. Finalmente, en el apartado Cuatro se propondrá la existencia de un noveno dueto microsferológico, a partir de una objeción que se le realiza a la propuesta de Sloterdijk, pues —a diferencia de lo que sostiene el filósofo alemán— el libro no es un dispositivo de autocomplementación, sino un escenario de movilidad y enriquecimiento del lenguaje a partir de la interacción hermenéutica entre el lector, quien encarna un léxico inestable, y el libro, que se presenta como una máquina desplegable generadora de sentidos. Como se verá, la esferología propone una magnitud dual o bipolar que hace posible una forma de realidad circunscrita a la inmanencia del lenguaje. Como lo dice el mismo autor, el espacio se presenta aquí como una novedad no-nueva (Sloterdijk, 2003, p. 461), es decir, como un regalo fenomenológico, en el que un tema aparentemente trivial

vuelve a adquirir una gran fuerza filosófica. Pues, ¿qué es el espacio en un momento en el que se presenta como una magnitud dada de la que, en primera instancia, el sujeto solo está excluido y dentro del cual se encuentra arrojado? De acuerdo con Sloterdijk, esta pregunta debe reformularse porque, en principio, los seres humanos son los animales acompañados (2003, p. 431).

Uno

El primer escenario del proyecto es la microsferología, el formato de las burbujas que permite realizar una crítica al sujeto moderno al denunciar su esencial soledad, temor y negación categórica de cualquier tipo de apertura relacional. En efecto, la esferología repiensa el espacio al hacer necesario que sea una magnitud compartida y como mínimo bipolar. Así, tanto como hace una interesante crítica a la unidad fundamental del concepto moderno de sujeto, proporciona los fundamentos de un escenario de reconstrucción lingüístico:

Teoría de las esferas: eso significa facilitarse el acceso a un algo que es lo más real y sin embargo lo más esquivo y menos captable objetivamente [...] Siempre estamos envueltos extáticamente en relaciones esféricas, aunque por razones profundas específicamente culturales hayamos aprendido a ignorarlas, a pensar y a discutir dejándolas al margen [...] La espacialidad interior [...] es efectivamente un *realissimum* que se *subtrae* en principio a toda representación geométrica y lingüística — en general a toda representación—, y que, sin embargo, gracias a una potencia de redondeamiento que actúa antes de todas las construcciones circulares formales y técnicas, fuerza en cualquier sitio donde haya un ente algo así como conformaciones originarias de círculos y globos (Sloterdijk, 2003, p. 81).

Pero, ¿por qué es, en principio, no sólo posible, sino necesario un espacio íntimo compartido? La pregunta puede tener reformulaciones perspectivistas: ¿por qué deben ser ahora Dos-al-comienzo para que, como se verá, puedan sustentar un espacio de íntima animación que no puede anticiparlos ni puede perdurar tras la ruptura, y no Uno-solo-autosuficiente? Es decir, ¿por qué la esferología es filosofía

postmoderna, de manera que se consolida no tanto como un cambio de tema sino un cambio de perspectiva? Explicar qué significa la microsferología es explicar la intención del repensamiento del espacio que propone Sloterdijk.

Esta explicación puede lograrse apelando a su *narración fundacional*, la de Orfeo y Eurídice, que describe la apertura microsferológica inicial: todo ser humano es un *partner* dispuesto a crear espacio al formar esos “invernaderos sin paredes” que son todas las relaciones humanas animadas, tonalizadas, climatizadas, provisionales y, por tanto, frágiles y perecederas (Sloterdijk, 2003, pp. 375-7). De acuerdo con el autor, después de la modernidad ya no se puede contar de antemano con el espacio, ni como una gran caja continente ni como una subjetividad que posibilita la cosificación analítica de objetos-fuera-de-mí: es necesario crearlo y, a través de esa creación, reconocerse como copartícipe de la generación de una intimidad polivalente, aérea, volátil, hecha de palabras que dan sentido como dando protección. Por tanto, el espacio no se puede establecer sino a través de una intimidad bipolar, que dice: *soy para mí mismo en tanto soy para otro y sólo a través de él*. Y esta especie de ley fundamental esferológica tiene un corolario con resonancias de poesía teológica: *mi en-frente es para sí-mismo en tanto es para mí, y sólo a través de mí*.

Esta intimidad bipolar básica es lo que Sloterdijk llama una relación fuerte (*starke Beziehung*): “el par primario flota en una atmosférica unicidad dual, o dúplice unicidad, referencia mutua y separación íntima, de la que ninguno de los socios originarios puede separarse sin abolir la relación total” (Sloterdijk, 2003: 48). Así como Orfeo no puede pensarse sin Eurídice, y ella no es una mera excusa para su descenso al Hades, la pérdida con la que finaliza la hermosa versión del mito se interpreta desde la esferología como una ganancia. ¿Qué otro significado se puede dar a la cicatriz originaria que es el ombligo (2003, p. 403), sino la del monumento conmemorativo de una separación inicial, de un venir-al-mundo antes que un caer en él, que hace posible la conexión inicial con

un otro-en-frente complementador que me permite lo que yo a él: una co-pertenencia que permite reconocimiento?

El espacio se configura ahora como una intimidad compartida porque —después de los excesos metafísicos que condujeron a la pérdida de la cubierta y el fundamento— los seres humanos sienten una mayor urgencia de saber *dónde* están —y este *dónde* es siempre una pregunta por el *topos* que viene dado por el lenguaje— que la de poner en claro quiénes son. La modificación que experimenta aquí esa necesidad de respuesta deja intacto el impulso por conseguirla, es una circunstancia afortunada, pues la pregunta por el *quién* arrastra demasiados presupuestos y lugares comunes metafísicos; el enfoque situacional del *dónde* hace posible y comprensible esa nueva forma de espacialidad antrópicamente climatizada (Sloterdijk, 2004, pp. 127-39) que es al tiempo una novedosa teoría de los medios y una crítica a la forma no-inclusiva de la subjetividad moderna. La subjetividad postmoderna como producto de juegos de lenguaje —es decir, como resultado de co-participaciones en lo inspirado que nos hace pupilos del aire, en lo solidario que nos imposibilita estar solos, y lo estimulante del *agon* de la cercanía que produce movilidad— es ya en principio una ganancia por inclusión frente al solitario sujeto moderno.

Así pues, Sloterdijk dedica el primer tomo de *Esferas* a las configuraciones intimistas de esa relación bipolar, generadora de una complicidad que está en capacidad de tener un clima y un sonido —la inspiración siempre *suena*, lleva un tono— compartido. Son ocho momentos de fascinación por cercanía e inspiración que se pueden dividir de acuerdo a un criterio que Sloterdijk no indica pero que, desde la división temática de los archivos, resulta claro, como se verá en la tercera parte de este artículo.

Por su parte, la macrosferología está dedicada a los globos, es decir, espacios de gran formato dentro de los que se reúnen los seres humanos en formatos colectivos que superan la familia, y al exceso metafísico del proyecto

Es verdad que la teoría de las esferas comienza, por su objeto, como psicología de la formación interior de espacio a partir de correlaciones dúplice-únicas, pero se desarrolla necesariamente hasta convertirse en una teoría general de los receptáculos autógenos. Ésta suministra la forma abstracta de todas las inmunologías” (Sloterdijk, 2003, p. 64)

Las esferas no son, entonces, sólo conformaciones de intimidad aislante que se cierran sobre sí mismas como en las tragedias que hacen que los amantes sean todo el uno para el otro, en un absoluto autoaniquilador del estilo de *Romeo y Julieta*. Su estructura dúplice o bipolar es su magnitud fundante. Por su misma composición, el espacio esferológico posee una apertura inicial que involucrará siempre a un segundo con el que no se presentan desniveles relacionales de ningún tipo —el ontológico entre sujeto y objeto es un desnivel paradigmáticamente filosófico—, así que existirá siempre la amenaza de que ese nexo, frágil y orgánico, se rompa. Pero tales disoluciones entre iguales no se reducen a la desaparición de la relación cuando lo que sucede es que se da cabida a un tercero, a un cuarto, a un quinto. Una vez superada postmetafísicamente en *Burbujas* la ficción del autónomo solitario, Sloterdijk regresa en el segundo tomo, *Globos*, a contar la historia del motivo por el que la fascinación de estar juntos hace que los seres humanos tiendan a agruparse, lo que empieza con la relación madre-hijo —en términos tanto de la fisiología más objetiva como de la metaforización cultural del papel de madre como otorgadora de bienvenida y aceptación— y que llegará a ser capaz de crecer, en un desmedido proceso inflacionario, hasta el exceso metafísico-teológico que trató de concebir un contenedor todopoderoso:

Con el segundo volumen de Esferas se abren las hojas de un mundo histórico-político, sujeto e influenciado por las imágenes directrices de un globo y de una esfera construidos con exactitud geométrica. Penetramos aquí en la dimensión parmenídea: en un universo cuyos límites vienen trazados por medio del círculo y cuyo centro lo ocupa una jovialidad específicamente filosófica, precavida y desbordante. En la era, no tan superada como olvidada, de la metafísica de los imperios clásicos, Dios y el mundo parecían haber hecho el acuerdo de representar toda entidad esencial existente como una esfera inclusiva (Sloterdijk, 2003, p. 67).

Los tres primeros capítulos del relato cuentan cómo las esferas íntimas estallan positivamente, es decir, crecen. Así que la provisionalidad de los intimismos es aquí una ganancia por aumento potencial, y se integran en grupos que comparten un mismo palanquín protector que puede ser un mismo rey, un mismo código cultural, una misma religión o, lo que suele ser la suma de todo ello, un mismo lenguaje. El carácter integrador que presenta el aumento del perímetro de la esfera hace que el todo constitutivo —que en un primer momento parece definitivo— no vacile en integrar nuevos elementos que, una vez asimilados, hacen que el todo inclusivo logre afirmarse como poseedor de una gran fuerza metabólica: “La teoría de las esferas es un instrumento morfológico que permite reconstruir el éxodo del ser humano de la simbiosis primitiva al tráfico histórico-universal en imperios y sistemas globales como una historia casi coherente de extraversiones” (Sloterdijk, 2003, p. 70).

Los capítulos cuarto al séptimo cuentan la historia de los esfuerzos teológico-filosóficos de convertir al todo existente en una esfera que tiene el centro en todas partes y la circunferencia en ninguna, logrando con esto por un fugaz momento que Mundo y Dios fueran una y la misma cosa, tanto protegiendo por fuera, al erigirse en un gran sistema de inmunidad, como complementando por dentro a sus seguidores-contempladores: “la era cristiana pudo encontrar su fórmula de éxito sólo en un compromiso histórico entre los sistemas de inmunidad, entre el religioso-personalista y el constructivista-imperial; y por qué su decadencia hubo de conducir a esa tecnificación de la inmunidad que constituye la característica de la Modernidad” (Sloterdijk, 2003, p. 72).

Finalmente, el octavo capítulo, que cuenta con la decepción del fallido proyecto ontoteológico, cuenta en veintiocho partes cómo la esfera dentro de la cual aseguraba la metafísica que estaba contenido el todo pasa a convertirse en un mero globo *sobre* el cual los seres humanos están condenados a vivir, rogándole a la gravedad que no los abandone. De hecho, no otra cosa significa la muerte de Dios: que han desaparecido las cubiertas protectoras y que ahora los fundamentos

son de una sospechosa inestabilidad que, a pesar de las decepciones, es también una ganancia en términos de las oportunidades constructivas que esta catástrofe representa (Sloterdijk, 2004, pp. 478-9). *Globos* es una novela frustrante que muestra con mucha paciencia y detalle cómo los sujetos modernos perdieron ese estar-dentro-bajo-protección, cómo se olvidaron del principio fundamental esferológico e hicieron del estar-fuera-en-descampado su punto de partida: ya nadie pensó que el ser arrojado al mundo tiene una condición de posibilidad, y es *venir a él*. Para Sloterdijk, ese venir es en sí mismo una potencial bienvenida, sonora y múltiple, que el argumento ontológico de la esfera y su hiperinflación quiso olvidar desde un principio, con su empeño por el centro más recalcitrante:

quien ayuda a construir el invernadero global de la civilización cae en paradojas termopolíticas: para que su construcción se lleve a cabo —y esta fantasía espacial está en la base del proyecto de globalización—, ingentes cantidades de población, tanto en el centro como en la periferia, tienen que ser evacuadas de sus viejos cobijos de ilusión regional bien temperadas y expuestas a las heladas de la libertad. El constructivismo total exige un precio inexorable. Para conseguir suelo libre para la esfera artificial de recambio, en todas las viejas naciones se dinamitan los restos de creencias en el mundo interior y las ficciones de seguridad, en nombre de una ilustración radical del mercado que promete mejor vida, pero que lo que consigue, para empezar, es reducir drásticamente los estándares de inmunidad de los proletarios y de los pueblos periféricos (Sloterdijk, 2003, pp. 34-5).

La bienvenida pasó, entonces, a ser el levantamiento de un acta de embargo en el que cualquier apertura al diadismo intimista debía ser confiscada cuando la verdad ya era competencia sólo de los monopolios del conocimiento. La pérdida de la capacidad de complementación se convierte en una irremediable soledad metafísica, y un ejemplo de las nocivas consecuencias de este muro de silencio y negación fue el concepto de sociedad igualitarista y homogeneizante a la que el filósofo alemán hace una dura crítica (Sloterdijk, 2006, pp. 202-34). El nivel de abstracción al que la perspectiva unitarista de las formas quiere someter la pluralidad espacial llamada sociedad elimina toda

posibilidad de complementación y autocomplementación —pues la esferología no niega estas posibilidades protésicas que desde hace ya mucho son proporcionadas por la tecnología—, sacrificándolas por el bien y en el nombre del “todo”, en un violento holismo que saca todas las consecuencias de ver a los individuos como unidades que se pueden ensamblar.

Finalmente, una vez ha estallado la última esfera, Sloterdijk plantea la plurisferología, los espacios múltiples, livianos y frágiles de la postmodernidad, de acuerdo con los cuales se plantea el fracaso de las estructuras de gran formato. La esferología plural surge cuando los optimistas diseñadores de infinitos se percatan de que las criaturas provisionales llamadas seres humanos sienten un desamparo aún mayor cuando se trata de enormidades que admiten la ubicación de su centro en cualquier lugar. Porque esto equivale entonces a que ya nada está propiamente en el centro, así que regresa, con esa certidumbre deflacionaria del centro-en-cualquier-lugar, la angustia de la falta de cobijo y la crisis de inmunidad debida a un no-estar-dentro. La metafísica, como proyecto globalizante, quiso apropiárselo todo cuando trató de hacer coincidir las formas Dios y Mundo como la confluencia de contenedores absolutos que se explican uno en términos del otro. En esos duelos de sometimiento megalómano no había nada que inspirara o moviera a confiar al sujeto vacío, reducido a su condición ontológica marginal, apertrechado con facultades que sólo le ponían en claro la conciencia de su vacío desamparo, de su monstruosa, culpable e incompañable responsabilidad. La época de las grandes síntesis terminó cuando la filosofía dio el nombre de “muerte de Dios” a la implosión de la última gran esfera metafísica (Sloterdijk, 2003, p. 35 y 2004, pp. 503-11), cuyo error inicial de diseño colapsaría en el momento mismo de mayor confianza en el éxito final del proyecto, pues con la creencia de estar más allá de toda medida se llega, por una lógica implacable, a la desmedida; y, con ello, la que quería ser la más perfecta y abarcante de las formas atenta contra su propio principio,

el de la posibilidad de ser al mismo tiempo la Gran Cubierta Total y el complementador íntimo bajo la forma de garante de objetividad — teoría del conocimiento o epistemología— y consejero plenipotenciario —filosofía del comportamiento o ética—.

La esferología plural llega después del estallido de esa última gran esfera que no puede ni cobijar exteriormente ni complementar interiormente a quienes quisieron confiarse a ella. Pero *no es su heredera ni su sucesora metafísica*: el estallido de la última gran esfera es el fin de la metafísica de la totalidad. Con la noción básica de espacio como intimidad bipolar autógena, la pregunta por cómo es que pueden ahora reunirse en colectividades esas aformidades inabarcables demanda una respuesta como condición de posibilidad del proyecto mismo de la esferología. Este tercer momento del proyecto *Esferas* propone una reflexión acerca del significado de los espacios físicos habitados, una especie de filosofía arquitectónica, como expresión física de una inquietud simbólica y cultural: una estética. Las nociones de inmunidad y explicitación son muy importantes para *Esferas III: Espumas*, que regresa a la forma de intimidad fundante: los espacios son ahora funciones de construcción y animación de sus propios habitantes. Ya que se generan a partir de una bipolaridad autógena, ya que brotan de una relación-a-dos, los espacios de la aphrología —del griego *aphrós*, espuma— o espumidificación de los ámbitos climatizables que construyen los seres humanos llegan en un momento en el que Sloterdijk puede hacer dos afirmaciones aparentemente escandalosas pero no por ello menos sugerentes: que la sociedad ya no se puede definir como organismo ni contrato (Sloterdijk, 2006, pp. 202-34) y que el habitar es una función realizada en términos de una abundancia inicial que garantiza el lujo y el mimo. De otro modo, se puede decir que, para que la esferología plural sea posible, se debe aceptar que la condición humana no se construye a partir de la carencia y que, por tanto, la “dureza de la vida” como expoliación y desamparo no es más que una forma de autoestrés patrocinado por el lujo mismo de la existencia humana (Sloterdijk, 2006, pp. 529-38).

Explicitación, inmunidad y lujo son las características de la espumificación del espacio. En lo que respecta al primero, los ataques masivos de las guerras del siglo XX, particularmente el de Leper el 22 de abril de 1915 como su inauguración (Sloterdijk, 2006, pp. 75-91) pusieron en primer plano a la atmósfera, al “medio ambiente”, por lo que sus usuarios, al comenzar a temerle al peligro de ya no poder contar con el suficiente aire respirable, también comenzaron a sospechar de algo de lo que disponían hasta entonces gratuita e inocentemente; el riesgo potencial de no-contar-con-aire condujo a que las situaciones atmosféricas cayeran bajo la sospecha de la falta de confiabilidad —no otra cosa es “hacer explícito”: encontrar ajeno y, por tanto, sospechoso— y que ya no fuera lícito presuponerlas como “naturalezas buenas”: los ataques a la atmósfera eran ya ataques a sus usuarios —lo que hace comprensible que Sloterdijk llame terrorismo a este *modus operandi*, pues el terrorismo es para el filósofo alemán “la explicación del otro desde el punto de vista de su exterminabilidad” (Sloterdijk, 2006: 88)—, así que no resulta extraño que, con la crisis de espacio anticipada por el proyecto globalizador metafísico y oficializada por los métodos atmodestructivos de las guerras mundiales, el siglo XX esté caracterizado por la popularización de los aparatos de aire acondicionado, las fumigaciones y los temores a cualquier tipo de infección transmitida por el aire: con el debut del sistema inmunológico se popularizaría el ser-en-el-mundo como un radical ser-hipocondríaco. Por ello, se puede pensar que Sloterdijk interpreta la inmunidad como la facultad esferológica de crear protecciones incluyentes, resemantización importante para que no se vea la espontánea espacialidad generada por el interés como una variante de la fobia al contacto no consentido.

La esferología plural regresa a la forma diádica originaria del espacio esferológico —cuya constitución es en principio una ganancia por apertura y disposición— y la apertrecha con las ventajas del actual auge tecnológico: la cultura es ya una forma de sobreabundancia humana, pues no se tiene registro de que la evolución, por ciega que pueda ser a

cualquier teleología, permita que se hereden desventajas para responder a los estímulos del *environment* (Sloterdijk, 2006, pp. 511-38). Por tanto, si se puede pensar en algún tipo de carencia para los seres humanos, se debe pensar en términos de una distribución desigual del derecho al lujo y al aligeramiento —“El peso de las cosas es un constructo que se forma en el trato con ellas; como tal, es tácticamente modificable” (2006, p. 556)—, no en un problema inicial de diseño en el que al *homo sapiens* le haga falta *algo*, pues todo el mecanismo de la cultura está elaborado, de acuerdo con la propuesta aphrológica en términos de aligeramiento, de impulso antigravitacional, de descarga: “Desde este punto de vista puede interpretarse el caminar erguido humano como jeroglífico abierto de la ligereza” (2006, p. 576). Y la descarga no es una opción para quien está marcado por la carencia.

Unificando la crisis postmetafísica de la pérdida de todo trasfondo real —y esta expresión en el sentido duro y pesado de la epistemología cosificante— con la oficialización del lujo y el confort como elementos constitutivos del ser humano, bajo la forma de la masificación tecnológica, y proponiéndolas como condiciones generadas a partir de una abundancia inicial en la condición humana, Sloterdijk elabora en el tercer momento de la espacialidad esferológica una poética de los espacios leves, levitantes:

Con esta ciencia, ni alegre ni triste, de las espumas, el tercer volumen de *Esféricas* ofrece una teoría de la era presente bajo el punto de vista fundamental de que la des-animación lleva una ventaja inalcanzable ya a la re-animación [...] Pues sea lo que sea siempre lo que se afirme como interior aparecerá cada vez con mayor evidencia como el interior de un exterior. No hay dicha segura frente a la endoscopia; en torno a cada célula feliz, íntima, vibrante, pululan bandadas de desilusionadores profesionales: paparazzi del pensar, deconstructivistas, negadores del espacio interior, cómplices de un pillaje del Leteo sin límites. Una chusma de observadores que todo quiere abordarlo desde fuera y que no entiende ritmo alguno (Sloterdijk, 2003, p. 78).

No es extraña esta forma de expresarse en un momento histórico en el que el medio ambiente es un permanente tema de moda y en el que cada uno debe preocuparse por el sitio de retiro e intimidad al que no sólo tiene derecho —“a la apertura humana al mundo corresponde siempre un apartarse de él complementario” (Sloterdijk, 2006, p. 412)— sino que está garantizado por la forma en la que se debe insistir como el elemento fundamental: la bipolaridad autógena del espacio mínimo animado y climatizado humanamente. Aunque el exterior hostil esté siempre presente y amenazante, la amenaza de quienes niegan la posibilidad de espacio interior compartido son, por las razones en el que la definición misma de burbuja inspira, mucho más peligrosos aún.

El apartamento es la estructura física mínima, y más importante, de esta nueva forma aligerada y provisional de espacio, la forma arquitectónica de la espuma (Sloterdijk, 2006, p. 412). El autocomplemento se presenta aquí como una lectura un tanto mordaz de las ventajas dadas por los bienes de consumo tecnológicos y por la popularización de los espacios físicamente exclusivos, pues el filósofo alemán ve en esta creación de espacio por el desdoblamiento de un solo individuo la continuación por otros medios del vacío sujeto moderno: el sujeto contemporáneo, decorador de interiores físicos y simbólicos, caería en el narcisismo. Pero, en el comienzo de esta propuesta espacial hay una ventaja dada por la facultad anímica generadora de espacialidad bipolar y por la definición del ser humano como ser-de-abundancia y ser-de-lujo. Sloterdijk acepta que con la ligereza y el aligeramiento también pueden llegar la frivolidad y el absurdo de especializarse en trivialidades —y que compartir el espacio puede hacerlo por igual saludable o tóxico— pero si se cumple la condición de que esas trivialidades hagan que el individuo se interese por sí mismo, la reproducción de la forma básica garantiza que, primero, no se caiga en una autorreflexión cuya redundancia monotonía —un único acorde de una aburridísima canción sin variaciones: “conozco y actúo”— impida salir de la circularidad vacía ni, segundo, en la fantasmática del reflejo fiel en el espejo ni, tercero, en

el riesgo de ser homegeneizado en un delirio colectivizante que quiera imponer la falta de interés en la mirada-hacia-sí: todo lo que se presenta bajo la forma del polo complementador generará bipolaridad autógena y, por tanto, vitalidad, intercambio y estímulo; sonoridad, resonancia y climatización; inmunidad, confianza e interés. Por lo que conviene regresar a la microsferología para seguir con cierto detalle la descripción de las ocho espacialidades íntimas de *Burbujas*, de modo que se pueda proponer una novena que posee las mismas características en lo que respecta a la generación de una tonalidad y de una complementación animada a través del vínculo del lector con obras de arte literarias.

Dos

En la introducción general de la obra, Sloterdijk hace una afirmación aventurada: “Si hubiera, pues, de colocar mi lema a la entrada de esta trilogía, éste habría de rezar: manténgase alejado quien no esté dispuesto de buen grado a elogiar la transferencia y a rebatir la soledad” (Sloterdijk, 2003, p. 24). Es el fundamento de su noción de espacio, en el que el repensamiento de un concepto básico de la tradición filosófica se une a la crítica de otro: el de sujeto autónomo. La magnitud inicial de toda conformación anímica es dual, pero no con la dualidad tradicional que une objeto-sujeto, sustancia- atributo o hacedor- cosa. El ejemplo paradigmático, y que el filósofo alemán resemantiza, es el del libro del Génesis. Al hacer desaparecer el declive ontológico entre creador y criatura, el espacio relacional —hecho de aire, es decir, de insuflado, de espíritu, de Verbo— queda definido esferológicamente:

Estas asimetrías imposibilitan en principio la igualdad de condición en la imagen y semejanza, pero eso no cambia nada en la incomparable singularidad del pacto neumático. El insuflado es necesariamente un gemelo ontológico del insuflante. Entre ambos reina una íntima complicidad como sólo puede existir entre seres que se reparten mutuamente en el origen la placenta de la subjetividad. Adán y su Señor viven de la misma placenta conformadora del yo, se nutren del mismo material yo-soy-el-que-soy, que se reparte sobre ambos como un sutil olor común procedente de la intimidad y de la voluntad sincrónica (Sloterdijk, 2003, p. 50).

De acuerdo con su teoría básica, la soledad es un proceso artificial de desvinculación, o mejor, un esfuerzo estéril por invalidar esa condición originaria de la estructura de conformación de bipolaridades autógenas. Es sólo a través de una resonancia-a-dos, de una bipolaridad, que la estructura es capaz de generarse a sí misma gracias a la situación estimulante de la presencia de otro que funciona como *partner* comunional, canal de resonancia y garante de inmunidad a través del cobijo.

La que aquí se llama esfera sería, por consiguiente, en una comprensión primera y provisional, un globo de dos mitades, polarizado y diferenciado desde el comienzo, ordenado interiormente sin embargo, subjetivo y capaz de sensibilidad: un espacio común de vivencia y de experiencia, dúplice y único a la vez. De acuerdo con la formación de esferas, lo que la tradición llama espíritu se extiende en origen espacialmente. Según su forma fundamental, la esfera aparece como una burbuja de gemelos, como un espacio elipsoide de espíritu y vivencia con dos habitantes al menos, polarmente dedicados y pertenecientes uno a otro. Vivir en esferas significa, por tanto, habitar en lo sutil común. El objetivo de este libro en tres volúmenes es probar que el ser-en-esferas, constituye la relación fundamental para el ser humano, una relación, ciertamente, contra la que atenta desde el principio la negación del mundo interior y que ha de afirmarse, reconstituirse y creerse continuamente frente a las provocaciones del Fuera. En este sentido las esferas son también conformaciones morfo-inmunológicas (Sloterdijk, 2003, p. 51).

El espacio, de acuerdo con su definición básica, es una composición bipolar que se crea a sí misma —es decir, que no es preexistente ni independiente de los dos que la conforman— y que posee un carácter de realidad que difiere de la definición que el escenario objetivo da a esta expresión. En lugar de pensar el espacio esferológico como “irreal” para advertir que no se trata de un lugar de coordenadas espaciotemporales duras, Sloterdijk aclara que es una situación anímica que no depende de situaciones físicas o de “hechos concretos”, es real de otro modo, *surreal*:

Nunca han vivido los seres humanos en inmediatez a la llamada naturaleza, ni sus culturas, sobre todo, han pisado jamás el suelo de lo que se llama los hechos mismos: siempre han pasado su existencia exclusivamente en el espacio exhalado, repartido, desgarrado, recom-

puesto. Son seres vivos que se esfuerzan por ser seres en suspenso, en equilibrio, si estar en suspenso o en equilibrio significa: depender de sentimientos divididos y supuestos comunes. Con ello, los seres humanos son básica y exclusivamente criaturas de su interior y productos de sus trabajos en la forma de inmanencia que les pertenece inseparablemente. Sólo crecen en el invernadero de su atmósfera autógena (Sloterdijk, 2003, p. 52).

Por tanto, el espacio de la esferología posee su estructura peculiar, fundamentada en una fascinación inicial a la que los “comunardos sonosféricos” no pueden resistirse sin hacerse fuerza a sí mismos, pues caería por tanto en las ficciones de autonomía que han dado su poder a la filosofía moderna y su tema a la filosofía postmoderna. Así, uno de los aspectos más interesantes de la filosofía del lenguaje en la versión de Sloterdijk es que, si bien describe una forma de espacialidad que involucra por fascinación y atracción, el filósofo sabe eludir el irreflexivo optimismo —muy propio de los proyectos modernos— que una teoría novedosa puede causar:

A las esferas les inquieta constantemente su inevitable inestabilidad: comparten con la suerte y el cristal los riesgos de todo lo que se hace pedazos fácilmente. No serían formas de la geometría vital si no pudieran implosionar, si no fueran susceptibles de ser destruidas por la presión exterior; y menos lo serían si no estuvieran en condiciones de agrandarse bajo la presión interior del crecimiento de los grupos hasta convertirse en estructuras más ricas (Sloterdijk, 2003, p. 52).

Los espacios esferológicos poseen una definición básica, y de ella hace parte su provisionalidad. Que surjan por una necesidad que viene dada por la cultura, por el afán de cobijo simbólico que sienten los seres humanos, no pretende resolver con afanes metafísicos su carácter frágil y provisional. Antes bien, su carácter dinámico es una alternativa a la estructura pesada y dura de la metafísica tradicional. Sloterdijk sabe que es un riesgo que la esferología debe correr para llegar a convertirse en una alternativa filosófica viable. Pero el rompimiento y su capacidad de reconfiguración, su poder orgánico, permite un sistema de comunicaciones multinivel y multicanal, y hace que los involucrados

no se puedan cerrar ni sobre sí mismos —como Narciso— ni el uno en el otro —como Romeo y Julieta—, por lo que conviene, entonces, antes de entrar en los detalles de los duetos microsferológicos, hacer una descripción de la ventaja que representa la provisionalidad en este escenario de estímulo y reconstitución sugerido por la esferológica de Sloterdijk, pues esta apuesta por lo frágil debe poder dar cuenta de que, a pesar del riesgo que implica y del dramatismo del rompimiento, no puede ser de otro modo para que los seres humanos puedan cumplir con su peculiaridad de ser capaces de creación y modificación de cultura.

No obstante, el rompimiento como principio orgánico de transferencia. La descripción que hace Sloterdijk de la microtragedia tiene interesantes elementos narrativos:

No hay nada que objetar a la perfección de la primera burbuja neumática, hasta que un desajuste esférico provoca la catástrofe original. Adán, el desajustado, sucumbe ante una segunda inspiración producida por voces accesorias que provienen de la serpiente y de la mujer; con ello descubre lo que los teólogos llamaron su libertad; ésta no significa otra cosa al comienzo que una cierta flexibilidad espontánea frente a la seducción por parte de un tercero [...] Pero ya desde el primer antojo de libertad propia se le quitó al ser humano la capacidad de autoordenación en la dúplice unicidad de sonoridad pura, libre de voces accesorias, en el espacio propio de Dios [...] Sólo por un acontecimiento de este tipo —privación del primer complementador— puede surgir lo que más tarde se llamará psique: la ilusión de un alma que habita un cuerpo individual anhelante como chispa privada o como principio puntual de vida, por así decirlo [...] En el mundo dúplice-único no habían aparecido ni el número ni la oposición, pues ya la mera conciencia de que hay algo distinto, numerable, tercero, hubiera corrompido la homeostasis originaria. La expulsión del Paraíso significa la caída desde la bienaventurada capacidad de enumerar [...] Pero esa dicha sin medida y sin número, de ojos cerrados, no puede ser duradera nunca y en ningún lugar; en el tiempo posparadisíaco —¿y no se cuenta el tiempo siempre *after paradise lost?*— la sublime esfera dúplice única está condenada a estallar (Sloterdijk, 2003, pp. 55-7).

Sloterdijk tiene claro que desde el comienzo se deben contar con el riesgo de un final abrupto para estas confirmaciones intimistas: “a las burbujas ‘mágicas’ bipersonales no sólo les amenazan trastornos de fuera; en el interior del círculo se introducen ocasionalmente motivos que han de conducir necesariamente a explosiones por malentendidos endógenos” (Sloterdijk, 2003, p. 240). No puede ser de otro modo en un escenario que no conoce la rigidez esquemática de una forma no reformable, y en el que una facultad de adaptación hace que lo traumático adquiera un sentido diferente: la crisis del rompimiento puede ser una posibilidad de reconfigurar y ampliar la situación relacional:

Cuando estalla la primera burbuja sufren irremisiblemente una especie de *shock* de transcolonización, un desenraizamiento existencial: se separan de su condición infantil en tanto que cesan de vivir completamente a la sombra del otro identificado y comienzan a ser habitantes de una esfera psicosocial ampliada. En este momento nace para ellos el exterior: al salir a lo abierto los seres humanos descubren muchas cosas que en principio no parecen poder convertirse jamás en algo propio, interior, co-animado [...] Pero no serían individuos humanos aptos para la vida si no trajeran consigo a ese nuevo mundo extraño una dote de recuerdos del campo simbiótico y de su fuerza circundante. Esa fuerza, transferida al espacio íntegro, es la que hace superar en definitiva el trauma del intruso, la ley del molesto tercero, cuarto, quinto puesto que ella integra al molesto como un nuevo hermano, sí, como si él fuera un elemento necesario del sistema propio (Sloterdijk, 2003, p. 59).

Esta noción de espacio reconfigurable es la que permite a Sloterdijk pasar de la poética intimista de *Burbujas* a las narraciones épicas de *Globos* y hacer un diagnóstico no entusiasta en *Espumas*. De acuerdo con esta noción, los seres humanos son, en principio, criaturas capaces de espacio íntimo que saben asimilar la crisis del rompimiento al lograr con éxito que a su interés más privado se puedan integrar elementos que en un primer momento pueden despertar sospechas:

Con la aparición de lo externo, extraño, casual, dinamizador de esferas rivaliza desde el principio un proceso de consolidación del mundo que trabaja por avecindar en un interior ampliado cualquier afuera, por horrible e inconveniente que sea: todos los demonios de lo negativo y los monstruos de lo extraño (Sloterdijk, 2003, p. 60).

De ahí que Sloterdijk considere que la transferencia es el mecanismo de adaptación que permite a los creadores de invernaderos simbólicos, llamados seres humanos, asimilar la crisis de los rompimientos, potencialmente aniquiladores. Si no fuera posible saber encontrar el modo de resolución de estas situaciones conflictivas, tampoco sería posible ningún tipo de situación tonal humana:

Lo que conocemos como imágenes metafísicas del mundo de la vieja Europa y de Asia son, de hecho, las recogidas ascéticas más vivaces de lo extraño, muerto, exterior en el círculo de los grandes mundos interiores animados de sentido, entretejidos de escritura. Cuyos poetas fueron hasta ayer los pensadores (Sloterdijk, 2003, p. 61).

Así, pues, si los seres humanos no pudieran usar su capacidad íntima conformadora de esferas a circunstancias ampliadas, en las que se presentan situaciones de estímulo desconocidas y en primera instancia no reconocibles, no sería posible hablar de estructuras ampliadas que involucraran a más de dos —que se llaman familias, hordas, pueblos, ciudades, imperios, religiones o sistemas de pensamiento—. Ahora bien, teniendo en cuenta esta capacidad transferible, y ya que “hablar de esferas no sólo significa, pues, desarrollar una teoría de la intimidad simbiótica y del surrealismo de la pareja” (Sloterdijk, 2003, p. 64), es posible lograr que opere en una situación que el mismo Sloterdijk considera un simple autocomplemento: la lectura de un léxico publicado que es una novela como obra de arte literaria. Conviene, entonces, antes de extraer esta conclusión que considera la relación del lector con la obra de arte literaria como algo más que un autocomplemento inerte, hacer un acercamiento a las conformaciones íntimas de espacio que Sloterdijk describe en *Esferas I*.

Tres

El filósofo alemán hace una presentación de cada capítulo de *Esferas I*, simplificada pero pertinente:

En los ocho capítulos de este primer volumen comenzaremos una travesía sosegada por los abovedamientos de intimidad consubjetiva. En ella aparecerán por orden en el discurso: los espacios de la cardinalidad histórica [capítulo 1] y el campo interfacial [capítulo 2], el contacto magnetopático en la hipnosis [capítulo 3] y la posición envolvente amniótica del feto [capítulo 4], el desdoblamiento placentar [capítulo 5] y las figuras culturales de la doble alma [capítulo 6], la evocación psicoacústica del yo-mismo [capítulo 7] y, finalmente, también, los ensayos teológicos de asentamiento sobre una base íntimo-topológica de la relación entre Dios y el alma [capítulo 8] (Sloterdijk, 2003, p. 97 y Heirichs 2004, p. 143).

El primer capítulo contiene un interesante acercamiento a la anatomía en los siglos XVI y XVII y a su contribución al surgimiento del individualismo, al sugerir que las lecturas renacentistas de Platón y las experiencias extáticas de algunas santas no eran más que expresiones exaltadas de un delirio de influjo cardial imposible (Sloterdijk, 2003, p. 124). El pasaje particularmente interesante de Sloterdijk, y que sirve como crítica a este desencantamiento del cuerpo jerarquizado y al descarte del poder del influjo que los seres humanos pueden tener unos sobre otros, se encuentra en la lectura que hace del libro *El hombre máquina* de Julien Ofroy de La Mettrie:

En el curso de esta operación [renunciar a los conceptos de Dios y alma] al filósofo se le fue de la vista la cuestión de si sus máquinas, anarquistamente festivas, no habrían de estar construidas de otro modo que como autómatas solitarios; incluso tras la represión de las ideas metafísicas de Dios y de alma tendría que haberse planteado al autor el problema de que las máquinas, cuando son hombres, funcionan siempre unas de cara a otras y no sólo en la fase del primer ajuste, que convencionalmente se llama socialización o educación. También para máquinas personales tendría sentido la presunción de que sólo pueden ser mantenidas en marcha con éxito en coexistencia bipolar, multipolar, y en acoplamiento inter-inteligente paralelo. La Mettrie debería haber advertido que las máquinas humanas funcionan generalmente en conjuntos y que entre ellas sólo son capaces de aislamiento las que consiguen sustituir el trato presencial con máquinas asociadas por medios-complementos no-humanos, como espejos, libros, mapas, instrumentos musicales, animales de compañía (Sloterdijk, 2003, pp. 132-3).

El primer capítulo advierte, entonces, que dejar la ingenuidad de las interpretaciones corporales invalidadas por las investigaciones anatómicas no implica abandonar el impulso básico que quieren explicar: la necesidad y el deseo de crear espacio al compartirlo. La Mettrie se dejó llevar por su mecanicismo festivo, que se sostenía una repetición de movimientos que carecen de significaciones topológicas, es decir, del lugar habitado simbólicamente.

El segundo capítulo tiene como tesis básica que, gracias a este impulso básico, los rostros humanos se han modelado a sí mismos a lo largo de un largo proceso que Sloterdijk llama protracción (Sloterdijk, 2003, p. 157), y sólo en una fase muy reciente, también asociada al giro hacia lo individual, el rostro se convirtió en una preocupación autorreferente:

En general hemos de esperar hasta la época de las grandes religiones y del primer filosofar para que sea superada la ausencia de rostros individualizados en las obras figurativas: sólo cuando se alcanza el momento en que se mira el ver y se piensa el pensar se hacen rostros también los rostros” (Sloterdijk, 2003, p. 175). El proceso de reflexión sobre el rostro hace que, de ser el resultado de una larga elaboración por el ajuste que pedían las miradas de los otros, se convierta en objeto de especulación individual y, después de la popularización de los espejos (Sloterdijk, 2003, p. 481), de exploraciones autorreferenciales que pasan progresiva y desencantadamente del *portrait* al *abstrait* y al *détrait* (Sloterdijk, 2003, pp. 177-81), en un proceso que niega la inicial apertura bipolar porque desemboca en interesantes expresiones artísticas que, no obstante, carecen de estímulo esferológico; que, antes bien, expresan la crisis por falta de complemento del individualismo radicalizado del fortín cognitivo y práctico de la modernidad. Sin embargo, y como se verá en la conclusión de este capítulo, no todas las expresiones artísticas tratan de la soledad en la que desemboca la negación de la polaridad autógena surreal, pues no se trata sólo de meros ejercicios de autocomplementación estéril. Por lo menos una de estas expresiones —la novela como obra de arte literaria— puede

proponer una especial forma de apertura, análoga a la bipolaridad esferológica.

El capítulo tercero de *Esferas I* es una apología de las tempranas formas de tratamiento psicológico. Este capítulo es importante porque encuentra en las curas magnetopáticas de Mesmer —injustamente ridiculizadas o tendenciosamente manipuladas— el principio de la posibilidad del mutuo influjo que los seres humanos están en capacidad de lograr los unos en los otros sin que se imponga una forma de relación objetivante como la que se presenta entre el médico y el paciente. En un primer momento, Marsilio Ficino y Giordano Bruno sugirieron una psicología profunda de la multiplicidad relacional (Sloterdijk, 2003, pp. 197-210). Mesmer propuso una teoría de acciones recíprocas muy popular entre 1780 y 1850:

el impulso de Mesmer habría de llevar a que la comprensión de la intimidad mágico-interpersonal en la psicología romántica pudiera abrirse a una comprensión completamente nueva de la psique como recuerdo de las protorelaciones subjetivas [...] Para Mesmer no hay todavía una psicología separada de la cosmología y de la física general” (Sloterdijk, 2003, p. 211).

Pero la obsesión filosófica por la autonomía y la facilidad con la que el mesmerismo era imitado por charlatanes, oportunistas y bufones inescrupulosos hizo que la rodeara un ambiente que fluctuaba entre la desconfianza y la incredulidad, y malogró la posibilidad de apertura sin sospechas que sus curas magnetopáticas proponían:

El siglo XIX tardío, al que se ha caracterizado con razón como la época de las luchas estratégicas de la racionalidad y de la crítica desenmascaradora, hubo de impulsar tanto la coevolución de la expectativa de abuso y del ejercicio de desconfianza, que el optimismo curativo romántico, con su piadosa alegría por la provechosa accesibilidad de la psique a través de almas parejas, pasó irremisiblemente a la retaguardia frente al escepticismo neoburgués, que sospecha en todas partes, también entre los compañeros próximos, abuso, explotación y engaño (Sloterdijk, 2003, pp. 227-8).

Además, la naciente psicología positiva —“una de las formas científicas del individualismo metafísico” (Sloterdijk y Heirichs, 2004, p. 146)— no podía instituirse ni ganar relevancia si no lograba, a través de una campaña de desprestigio que a la larga fue exitosa, que se viera la jovial propuesta de esta rival como una amenaza para la integralidad del individualismo contra el que, sin que ese fuera su propósito directo, atentaba. Por tanto, se empeñó en que se le viera como un método de influjo potencialmente pernicioso que iba desde la perturbación hipnótica hasta el mesianismo massmediático (Sloterdijk, 2003, pp. 240-4), lo que ha hecho que se cuente en la actualidad occidental con una seria psicología positiva y que no se posea una jovial terapia de influjos.

Estos tres capítulos pueden considerarse la instancia de proximidades físicas de la microsferología, el primero como un ejercicio de desencantamiento del corazón, el segundo como un proceso protractivo —es decir, de producción de significado— del rostro a través de la plasticidad de la mirada, y el tercero como una apología de formas corporales de cercanía a través de la entrega y la apertura.

El cuarto y quinto capítulos son una hermosa exploración poética del primero de los espacios humanos: el vientre materno. Sloterdijk propone una poética del protoespacio de intimidad e inmunidad llamándolo “ginecología negativa”, de acuerdo con lo cual “la mujer y sus órganos no se agotan en ninguna clase de objetividad” (Sloterdijk, 2003, p. 279) y, dada su importancia para la estructura bipolar autógena del espacio que el filósofo alemán propone, se encuentra más allá de agotarse en cualquier lectura ginecológica, pornográfica o metafísica. En una interesante forma de espeleología, Sloterdijk dedica las páginas más llamativas y polémicas de la obra a una poética de la espacialidad primigenia que lo ha metido en aprietos (Sloterdijk y Heirichs, 2004, pp.157-8) y lo ha convertido en objeto de extrañas acusaciones pero que, a mi modo de ver, constituye el núcleo mismo de su propuesta porque le da un fundamento físico, constitutivo de los seres humanos,

y con repercusiones a nivel cultural. El tema causa un rechazo que el mismo Sloterdijk sabe tener presente (Sloterdijk y Heirichs, 2004, pp. 92-100, 324-29), pero esa aversión o deseo de silenciar cualquier trato demasiado cercano de lo que se refiere a la gestación y al nacimiento es expresión misma de la necesidad de reflexionar sobre ellos. De hecho, el capítulo sexto —dedicado a las reformulaciones simbólicas de la originaria complementación de la caverna materna, en las formas de los ángeles, los gemelos y los dobles— es una interpretación del significado que éstos, a un nivel simbólico, tienen para la pérdida originaria que todo recién nacido experimenta en el parto. Estos lugares de apertura se presentan bajo la forma de la presencia no modulada. La instancia de las condiciones de posibilidad del acompañamiento simbólico requiere que el acompañamiento originario adopte la forma de la visitabilidad, lo que designa una apertura relacional que acepta la problemática y el riesgo de las presencias peligrosas. Sloterdijk no lo dice de modo explícito, pero esta apertura, por riesgosa que sea, estimula la posibilidad de la configuración de un receptáculo con la calidad y resistencia suficientes para convertirse en un sistema de inmunidad.

Ahora bien, la expresión “pérdida originaria” que usa Sloterdijk es ya poco grata y nada bienvenida porque se refiere a la relación del recién nacido con la placenta y el cordón umbilical, vistos como órganos externos que, una vez acontecido el rompimiento al nacer, dejan de ser útiles pero pertenecen al recién nacido y lo marcan con una cicatriz originaria, que funciona como signo de iniciación y afirmación de la apertura diádica originaria. El mito fundacional de la esferología es, por eso, el de Orfeo y Eurídice (Sloterdijk y Heirichs, 2004, pp. 348-54, 375-7), y Sloterdijk lo considera la base de la necesidad de representaciones postnatales —que reclaman un complementador íntimo y cercano— y de la fascinación por las palabras y la armonía —cuyos medios son el aire y el sonido— que permite a un ser humano involucrarse en relaciones espontáneas de generación de intimidad bipolar. La crítica de Sloterdijk al individualismo moderno está, desde esta perspectiva y por

muy polémica que pueda ser, muy bien fundamentada: “la protoescena de la musa se elude en los sujetos mal desligados o paridos de la Modernidad; la libertad para quejarse por el otro perdido desaparece en la insensibilidad e informidad. Con ello la cultura ha errado su papel en la primera escena del individuo. ¿Cómo podrá saber ya nunca el niño que los ángeles sólo se van para que puedan venir arcángeles?” (Sloterdijk, 2003, p. 354). Al proceso de desencantamiento que rompe todo vínculo compartido se agrega su consecuencia cultural: el de la pérdida de la simbólica figurativa que permitía la transición exitosa desde el trauma físico hacia la constitución compartida de los espacios humanos que lo reemplazan y lo capacitan para relaciones simbióticas de otro nivel. Si el espacio no es reconfigurado adecuadamente, los seres humanos no recibirán su saludo de acogida, y la sospecha impedirá el éxito de los vínculos diádicos de nivel lingüístico, pues en lugar de un espacio compartido con un otro en frente del mismo rango, se presentirá permanentemente la irrupción de lo hostil y se sentirá el deseo de clausurar toda posibilidad bipolar: con la autonomía del sujeto llegan al tiempo la duda de todo y el miedo a todo.

Es aquí donde Sloterdijk plantea la situación de apertura en la que se encuentran los habitantes del símbolo a pesar de todas las renuencias que pueda tener para instaurar otro tipo de cercanías. En efecto, en el capítulo séptimo se analiza el importante papel del sonido— particularmente del aspecto musical que se le puede asociar— en el establecimiento de espacialidades surreales: tonalidades, resonancias, instancias de animación por el oído que hacen que las consecuencias del giro diádico —y su capacidad formadora, con-formadora y transformadora— puedan ir mucho más allá de la situación provisional humana y hasta la fugacidad del acontecer musical, que hace de la música esa peculiar forma artística que dura lo que su ejecución. Pero en lo que respecta a la conformación bipolar de la espacialidad intimista que posibilita la estructuración y enriquecimiento del lector, esta constitución auditiva es de gran importancia:

las presencias sonoras no tienen substrato cósmico, de modo que pudiera encontrarlas uno como algo situado enfrente. La fisiología del oír como ser-introducido-en-covibración hace evidente que en el caso de las experiencias acústicas se trata de fenómenos mediales que es imposible representar en lenguajes de relación de objeto [...] A la vez que escucha la propia voz se forma en el niño un núcleo-yo medial preoral: al gritar, berrear, parlotear, construir palabras, comienza la historia, que durará toda la vida, de las mediaciones consigo mismo y con sus extensiones vocales, del sujeto que se va haciendo; en él puede verse el polo de creación arcaico de música y belleza literaria” (Sloterdijk, 2003, pp. 275-6).

La interpretación esferológica del dogma de la Trinidad del octavo capítulo es una exposición pormenorizada de la estructura diádica y de la generación de espacio a través de la relación misma —que Sloterdijk propone ya desde la Introducción— entre Dios y Adán (2003, pp. 39-48), esta vez entre el Padre y el Hijo, haciendo del Espíritu Santo, que en términos esferológicos es, finalmente, el lenguaje que se hace presente como la visitabilidad máxima, *el lugar mismo de la relación*:

Como hemos intentado mostrar mediante cortes perspectivistas, en su punto álgido medieval la teología trinitaria había llegado al descubrimiento de un lenguaje para la *relación fuerte (starke Beziehung)*. Los compañeros de la Trinidad inmanente se generan, albergan y circundan en tan compacta reciprocidad que su acoplamiento supera cualquier relación externa. Ahí se muestra en qué consiste la recompensa del absurdo: por primera vez puede abordarse el ser-en-relación como lugar absoluto (Sloterdijk, 2003, p. 547).

Lo que en términos matemáticos es un sinsentido estructural y en términos religiosos es una verdad incontrovertible, en términos esferológicos constituye la magnitud fundante del proyecto y es, por tanto, semánticamente válida.

Cuatro

Las ocho microsferas que Sloterdijk propone en *Burbujasse* caracterizan por ser un tipo de estímulo simbólico a través del lenguaje, que es capaz de generar formas simbióticas de interrelación y que, gracias a la tonalidad, a una cierta forma de sonar y re-sonar, hacen que sólo a través

de su bipolaridad surreal surja un espacio competentemente humano, no blindado y capaz de relaciones múltiples, pues los espacios del tipo propuesto por Sloterdijk pueden ser superpuestos: un ser humano participa de muchos espacios y, aunque no puedan ser simultáneos, su pluralidad es síntoma de la capacidad relacional de quien logra sustentarlos en lugar de convertirse en una objeción que trate de ver como un problema lo que en realidad es su gran característica: ha llegado el momento de apreciar la riqueza de la multitarea, las ventajas que está en capacidad de ofrecer multiplicidad semántica: la pérdida de rigor situacional sólo puede ser una ventaja cuando se la propone como respuesta a una crisis de falta de movilidad.

No obstante, existe un ámbito lingüístico que Sloterdijk describe en unos términos poco favorables:

Los particulares en el régimen individualista se convierten en sujetos puntuales que han caído en manos del poder del espejo, es decir, de la función reflectiva, autocomplementante. Cada vez más organizan su vida bajo la ilusión de que podrían realizar, sin un otro real, el papel de las dos partes en el juego de relación en la esfera bipolar; esa ilusión se va concretando en el curso de la historia europea de los medios y mentalidades hasta llegar a un punto en el que los individuos mismos se consideran definitivamente como lo primero sustancial, y sus relaciones con otros, como lo segundo accidental. Un espejo en cada habitación de cada individuo es la patente vital-práctica en este punto. Ciertamente, el juego de la autocomplementación del individuo ante el espejo (*y ante otros medios egotécnicos: sobre todo ante el libro, tanto ante el que se lee como ante el que se escribe*) perdería su atractivo si no fuera utilizable para la sublime ficción de la autonomía: ese sueño de dominio sobre sí mismo que desde los comienzos de la filosofía antigua se ha introducido en la imagen-tipo de la vida sabia o teórica (Sloterdijk, 2003, p. 192, énfasis agregado).

La modificación del enfoque esferológico puede formularse aquí a partir de la descripción fundamental de la misma esferología, por lo que se puede hacer un avance más en la intimidad dual desde la que se plantea el desacuerdo con Sloterdijk, y proponerle como objeción un noveno espacio relacional.

Si el libro, particularmente la novela como obra de arte literaria, se considera una forma anímica especial, un léxico publicado al que caracteriza la posibilidad de ser animado a través de un léxico encarnado o lector, que se involucre en una lectura que vaya más allá del mero ocio y que comience una labor interpretativa, entonces será mucho más que un simple medio egotécnico de autocomplementación. Porque esa forma especial que surge entre ambos posee un carácter dinámico y modificador que ha funcionado con éxito desde que la escritura se convirtió en un medio competente de transmisión de pensamientos. Es el libro en general y la novela en particular la que hace posible ampliar su horizonte hermenéutico en tanto obra y la redescrición del lector que lo anima en tanto léxico encarnado; así, se puede presentar la noción de bipolaridad esferológica aplicada a la lectura como un caso especial de estímulo capacitado para escapar de la frivolidad y la ligereza características de esta volátil forma postmetafísica de espacio, pero sin caer por ello en la pesadez o en la sobrecarga, y logrando una ganancia en movilidad del lenguaje, bajo las formas que benefician al polo-lector —o léxico encarnado— y al polo-obra —o léxico publicado—.

Sugerir que Sloterdijk no haya caracterizado el espacio relacional de la lectura de obras de arte literarias como se lo caracteriza aquí no es un error que se quiere señalar en la esferología. El filósofo alemán tiene presentes los espacios relacionales humanos, pues las polaridades siempre son personas que entran en vinculaciones diádicas con otras personas y hacen surgir, así, las intimidades de la poética tonalizada de *Burbujas*. Pero es pertinente pensar que la *obra de arte literaria* es un mecanismo animable que permite el surgimiento de un particular escenario hermenéutico al que caracteriza una forma de vitalidad no menos inquieta que la de los cuerpos humanos: *el proceso de redescrición metafórica*. La bipolaridad autógena surreal, como magnitud fundante, y su crítica al individualismo permite ver el encuentro del lector —como léxico encarnado— con la obra de arte literaria como un acontecimiento que tiene un poder estimulante análogo al que la relación fuerte (*starke Beziehung*) que la esferología

propone entre una díada que comparte un aire, un lugar común, una tonalidad y un estado anímico. El mutuo beneficio de esta relación sin desniveles se puede poner a operar en el acontecimiento hermenéutico que asocia, en esa forma de escenificación compartida, al lector y a la obra de arte literaria. Porque, mucho más que un dispositivo egotécnico, el libro puede ser un estímulo para la redescipción del léxico que es el lector, y, a su vez, todo lo que de inusual e interesante tenga el lector para decir sobre la obra de arte literaria, ampliará el horizonte hermenéutico y la historia clásica que ésta tiene.

Este noveno dueto microsferológico será, entonces, el dueto hermenéutico que monta un escenario en el que se hace posible la propuesta de la generación de espacio como un permanente constructo lexical, una propuesta de estetización del lector que enfrenta la insuficiencia de la monotonía gris del sujeto autónomo —que conoce, hace, decide y tiene expectativas—, y que está en capacidad de decirse en expresiones multiformes gracias al estímulo de una obra de arte literaria que, como léxico publicado dotado de unidad y estilo, es también un léxico animable a través de esta peculiar forma de relación-a-dos o bipolaridad autógena surreal en la que *puede* convertirse una lectura.

Lo que se quiere decir, entonces, es que la relación intimista con el libro puede ir mucho más allá de un simple goce “egotécnico”. La relación que se tiene con el libro, tanto con el que se lee como con el que se puede escribir, posee una doble apertura que niega en principio cualquier solipsismo. Es cierto que la lectura se puede agotar en un mero abordaje desde el ocio que sólo busca pasar el rato, pero el esfuerzo filosófico no se queda en esas modificaciones periféricas y quiere extraer todas las consecuencias posibles de esta relación, llegar a modificar las recurrencias del lenguaje que caracterizan a una persona y que la llevan a decirse a sí misma y, por tanto, a convertirse en formas de hablar. Este escenario hermenéutico —que se abre como una bipolaridad autógena surreal capaz de modificación y ampliación— es el que hace posible

llegar a alcanzar la modificación del léxico heredado, la formulación de peculiaridades expresivas —que sin suerte son llamadas extravagancias y con suerte son llamadas genialidades— que consiguen que quien las ha formulado pueda marcar una diferencia con el énfasis suficiente para poder decir de ella que pudo *crearse a sí misma*, tal como es capaz de hacerlo la *bipolaridad surreal autógena*, forma de espacialidad que fundamenta todo el proyecto esferológico.

Tal magnitud hace posible que la hermenéutica posea un eje tridimensional, a diferencia del eje unidimensional que sólo permite una “progresión” en términos temporales desde el pasado no-bien-comprendido hacia el futuro no-adequadamente-proyectado, a través de un presente imprecisable. Este eje permite la interactividad lingüística de la que surgen nuevas formas de hablar, y si el lenguaje es la casa del ser, eso quiere decir que se plantean nuevas formas de habitar el horizonte verdaderamente humano: el lenguaje simbólico, el lenguaje que es su propio vector. Se trata de un espacio compartido en el que se plantean movimientos que implican riesgo de confusión y a los que acompaña la entropía, pero que tienen a su favor la posibilidad de ensayar formas distintas de hablar.

Así, pues, el eje de la bipolaridad autógena surreal es una intersección lingüística en tres dimensiones hermenéuticas, donde lector y libro se encuentran e interactúan, y se puede proponer en los siguientes términos:

El eje que va de *lo literal a lo ambiguo* está sometido a la influencia del poder renovador de la metáfora, que es el mecanismo que le permite al lenguaje estar vivo y renovarse. Algunas regiones del lenguaje tienen una mayor movilidad que otras. Las que cambian con mayor facilidad son las menos estables, mientras que la solidez de las que no cambian con facilidad las hace vulnerables al paso del tiempo cronológico.

El eje que va *del descubrimiento a la creación* es el que propone el reto de lograr que el proceso redescipción negativo —es decir, de descubrimiento y explicitación de marcas ciegas— tenga el momento

positivo de lograr acuñar un modo de expresarse que no existiera con anterioridad. Los que descubren son buenos intérpretes; los que crean van más allá en su proceso redescriptivo: pueden modificar las estructuras metafóricas que les imponen las recurrencias heredadas. El lector puede tener ambas instancias, pues quien logra reconocer las recurrencias que dominan su forma de expresarse, de algún modo querrá apropiárselas para que lleven *su* marca. Este eje plantea, entonces, el reto de tratar de encontrar una acuñación lingüística propia.

En cuanto al eje que se mueve entre *la diacronía y la sincronía*, es el que **posibilita y describe la situación relacional entre los polos** —el encarnado en el lector y el publicado en el libro—, la situación hermenéutica que logra una nueva interpretación de la obra de arte literaria que permite al léxico encarnado efectuar una modificación en su propia red textual como respuesta a esa disposición anímica que conduce a querer *decir algo*. Si la sincronía logra el estímulo suficiente, esa modificación no será marginal y podrá convertirse en un proceso redescriptivo que le permita al lector empezar a decirse de manera novedosa, lo que expresa el éxito mínimo de la interacción de la díada básica de la esferología y que constituye un resultado hermenéutico que contribuye con la vitalidad metafórica del lenguaje. Interacción bipolar es, en principio, la refutación de la soledad a través de la explicitación del lema fundamental: el lenguaje siempre respira-a-dos, y el individualismo se presenta así como expresión de un miedo hermenéutico a compartir espacios. La contradicción es evidente: ¿quién, en primera instancia, habita solo la casa del lenguaje? El libro lo expresa en la acción misma que le propone al lector: es hora de confirmar de viva voz que en, en perspectiva de la filosofía del lenguaje, en el principio siempre hay-dos.



Referencias

- Sloterdijk, Peter (2003). *Esferas I. Burbujas*. Madrid: Ediciones Siruela S.A. Trad. Isidoro Reguera.
- _____ (2004). *Esferas II. Globos*. Madrid: Ediciones Siruela S.A. Trad. Isidoro Reguera.
- (2006). *Esferas III. Espumas*. Madrid: Ediciones Siruela, S.A. Trad. Isidoro Reguera.
- _____ y Heinrichs, Hans-Jürgen. (2004). *El sol y la muerte. Investigaciones dialógicas*. Madrid: Ediciones Siruela S.A. Trad. Germán Cano.
- _____ (1998). *Sphären I. Blasen*. Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main.
- _____ (1999). *Sphären II. Globen*. Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main.
- _____ (2004). *Sphären III. Schäumen*. Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main.